

VOCES SUBALTERNAS E HISTORIA ORAL¹

Mauricio Archila Neira²

Resumen

El artículo busca relacionar los desarrollos de la historia social con los métodos ligados a la historia oral, siempre pensando en el contexto latinoamericano y colombiano. Para ello, se hace un recuento de la trayectoria historiográfica que va de la historia “desde abajo” hasta los Estudios Subalternos. Luego, se miran las implicaciones metodológicas y epistemológicas de los distintos acercamientos a la historia oral. Finalmente, se formulan algunas preguntas a los recientes desarrollos historiográficos y metodológicos considerados.

Palabras clave: historiografía, historia oral y subalternidad.

Abstract

The article traces the relationship between social history and oral history, always taking into consideration the Latin American and Colombian context. In the first place it considers the historiographical route that goes from the history “from below” to Subaltern Studies. Then it looks at the methodological and epistemological outcomes of the different approaches to oral history. Finally some questions are posed to the recent historiographical and methodological developments.

Key words: historiography, oral history and subalternity.

¹ El presente texto es una versión modificada de la ponencia para el *Encuentro Internacional de Historia Oral*, llevado a cabo entre el 5 y el 7 de mayo de 2005 en Bogotá. En cierta forma intento hacer un diálogo con el ensayo de la conocida intelectual boliviana Silvia Rivera titulado “El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: De la lógica instrumental a la descolonización de la historia”, *Revista Peri-Feria* 4 (Neiva, 2004): 16-26.

² Ph. D. en historia y Profesor Titular del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

* Recepción: 11 de mayo de 2005. Aprobación: 2 de agosto de 2005.

La falta de adecuación del estatismo para una historiografía propiamente india deriva de su tendencia a impedir cualquier interlocución entre nosotros y nuestro pasado. Nos habla con la voz de mando del estado que, con la pretensión de escoger para nosotros lo que debe ser histórico, no nos deja elegir nuestra propia relación con el pasado. Pero las narraciones que constituyen el discurso de la historia dependen precisamente de tal elección. Escoger significa, en este contexto, investigar y relacionarnos con el pasado, escuchando la miriada de voces de la sociedad civil y conversando con ellas. Estas son voces bajas que quedan sumergidas por el ruido de los mandatos estatistas. Por esa razón no las oímos.

Ranahit Guha³

La llamada de atención de Ranahit Guha, figura cimera de los Estudios Subalternos de la India, es un buen preámbulo a la reflexión que me propongo hacer en este artículo sobre los desarrollos historiográficos y el uso de las fuentes orales en el contexto colombiano. Como bien lo dice el historiador indio, el problema de las voces silenciadas por la Historia es triple: ante todo, hay un problema de conocimiento, por la exclusión de gentes de carne y hueso que nos niega una relación más adecuada entre presente y pasado. En segunda instancia, esto tiene consecuencias metodológicas, pues ese silenciamiento no es solo un asunto de escogencia por parte de los sectores dominantes, es también responsabilidad de los historiadores a la hora de investigar sobre el pasado. Y tercero, y muy importante, hay implicaciones políticas y éticas en las narraciones históricas. Estas dimensiones críticas del oficio del historiador, en aras de la verdad, no las descubrieron los intelectuales de la India; ya habían sido denunciadas por algunos historiadores sociales, cuando no antes por los grandes críticos de la modernidad, comenzando por el mismo Marx.

Por ello, me propongo en este ensayo mirar los desarrollos historiográficos que han intentado acercarse a esas voces silenciadas del pasado y ubicar allí el papel que puede jugar la llamada “historia oral” para que ellas hablen, siempre pensando en el contexto colombiano y mi propia experiencia investigativa.⁴ Con tal fin, dividiré este artículo en tres partes: en primera instancia, haré un sucinto recuento de la trayectoria historiográfica que va de la historia “desde abajo” al desafío de los Estudios Subalternos; luego, analizaré las implicaciones metodológicas y

³ Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos* (Barcelona: Crítica, 2002) 20.

⁴ En la labor investigativa es importante reflexionar sobre la propia experiencia, que en mi caso se remonta a estudios sobre la formación de la clase obrera colombiana. Una primera reflexión apareció en mi ensayo “Fuentes orales e historia obrera”, *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*, eds. Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio, vol. 1 (Barcelona: Anthropos, 1998) 281-296. Soy consciente de que la “historia oral” es un terreno muy amplio e interdisciplinario que no se agota en las “fuentes orales”. Así, las “historias de vida”, emparentadas con las biografías, hacen parte también de ella, así los historiadores no las practiquemos mucho.

epistemológicas de las diversas propuestas de “historia oral”; y, a modo de conclusión, formularé algunas preguntas que sugieren las nuevas propuestas historiográficas y metodológicas.

De la historia “desde abajo” a los estudios subalternos

Como decía, la preocupación por las voces silenciadas por los poderes del pasado y del presente, no es nueva en la historiografía internacional. En realidad esa fue una de las razones que motivó a Eduard Palmer Thompson a escribir su famosa historia sobre la formación de la clase obrera inglesa. Según expresa en el prefacio de esa obra, él se propuso rescatar del olvido –de la enorme condescendencia de la posteridad– a los seres excluidos de la Inglaterra de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.⁵ Así acuñó la expresión de una “historia desde abajo hacia arriba”, que literalmente significaba invertir la tradición historiográfica dedicada a estudiar a los vencedores, obviamente sin descuidarlos. Veámos brevemente cómo se llegó a esta formulación y qué se ha derivado de ella en tiempos recientes.

Un antecedente de esta propuesta historiográfica es la “historia popular”, la cual, según Peter Burke, se remontaría a los finales del siglo XVIII, cuando parte de la intelectualidad europea descubrió al “pueblo” del que se había alejado en la temprana modernidad.⁶ No siempre ese descubrimiento fue de signo progresista y, por el contrario, en la Europa del siglo XIX pudo significar la necesidad de encontrar las raíces culturales –la esencia popular– de los estados-nación en construcción. En ese contexto, agrega Burke, “el concepto ‘pueblo’ tenía matices nacionalistas y a veces hasta racistas”.⁷ En la versión romántica de Michelet el pueblo era una fuerza transformadora y constituía el fundamento último del poder, por lo que era importante estudiarlo.⁸

Otro antecedente, sin duda, es la obra crítica de Marx, la cual, según Raphael Samuel, es una “historia desde abajo del capitalismo”.⁹ De todas formas para los historiadores británicos no era fácil conciliar el marxismo, que pone énfasis en el estudio de la sociedad desde el conflicto de clases, con una tradición histórica que se anclaba en una noción tan ambigua como la de “pueblo”. Sin embargo, esa tensión creativa rindió frutos en una corriente historiográfica que, junto con la escuela francesa de *Annales*, aportó a la consolidación de la historia social.

⁵ E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Nueva York: Vintage Books, 1966) 12.

⁶ Peter Burke, “Historia popular o historia total”, *Historia popular y teoría socialista*, ed. Raphael Samuel (Barcelona: Crítica, 1984) 71-77.

⁷ Burke, “Historia popular o...” 74.

⁸ Raphael Samuel, “Historia popular, historia del pueblo”, *Historia popular y...* 27-28. Para este autor, Michelet es el origen remoto de la historia social francesa.

⁹ Raphael Samuel, “Historia popular, historia...” 35.

Por su parte, el marxismo cultural británico lucha contra el determinismo económico sugerido por la metáfora base-superestructura e insiste en las relaciones sociales como el eje de lectura de los modos de producción.¹⁰ De allí que para esos historiadores sea central el conflicto de clases que se deriva de estas relaciones sociales. Aunque hay matices entre ellos, creo con Harvey Kaye que existe una “tradición teórica” común que valora la acción de la gente de carne y hueso – condensada en el intraducible concepto de *agency*– y rescata una intencionalidad, cuando no una conciencia, en su actuar.¹¹ La experiencia se convierte así en el puente entre la existencia de las estructuras dominantes y las formas de acción consciente contra ellas. Claro que en Thompson esa era una experiencia de clase, como en su momento denunciaron las feministas.¹² En cualquier caso, fuese por medio de la combinación de ideología inherente y adquirida,¹³ o de una conciencia fruto de esa experiencia, con los historiadores marxistas británicos nos acercamos a la cultura como instancia que otorga sentido a la acción humana.

Se abre así la puerta a la nueva historia cultural, en la que convergen las generaciones recientes de *Annales*, la microhistoria italiana, la historia de la vida cotidiana alemana y algunas de las corrientes feministas y posmodernas, así estas últimas estén hoy muy distanciadas de sus padres fundadores.¹⁴

Una de las vertientes que parte críticamente de la historia “desde abajo” es la del grupo de historiadores indios conocido como Estudios subalternos o poscoloniales. Si bien ambas corrientes ponen diferentes énfasis –los primeros en la condición de subalternidad, de cara a la hegemonía, que trasciende a la clase social; los segundos en una lógica colonial que se proyecta en los estados nacionales–, terminan coincidiendo en una crítica al saber centrado en Occidente, tanto en términos geográficos como en cuanto al modelo de ciencia. En estas páginas nos referiremos a los Estudios Subalternos construidos por los historiadores de la India.¹⁵ El subalterno no es un ser incompleto, ni prefiguración de algo superior. De ahí que Guha, quien en su formación se nutrió del marxismo británico, critique la categoría de prepolítico que en los años cincuenta acuñó Eric Hobsbawm para referirse a los “rebeldes primitivos”.¹⁶ Para él la acción política de los

¹⁰ La idea de que existió un “marxismo cultural británico” alimentado por historiadores y críticos culturales, por lo menos hasta los años 70, la retomo de Dennis Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain* (Durham: Duke University Press, 1997).

¹¹ Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos* (Zaragoza: Prensas Universitarias, 1989).

¹² Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York: Columbia University, 1988).

¹³ Esta es la propuesta de George Rudé, *Ideology and Popular Protest* (Nueva York: Pantheon Books, 1980).

¹⁴ Estos temas han sido abordados en anteriores ensayos míos, por lo que no me extenderé en este punto. Véase, por ejemplo, “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* 26 (Bogotá, 1999): 251-285.

¹⁵ En esta parte me apoyo en Mauro Vega, “Historiografía y poscolonialidad”, *Historia y espacio* 17 (Cali, 2001): 69-92.

¹⁶ Guha, *Las voces de la historia...* capítulo 4.

subalternos indios no podía ser inconsciente, pues “el campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba”.¹⁷ Por ello postula la existencia de una conciencia insurgente por parte de los subalternos.

Esa conciencia subalterna fue silenciada no solo por los discursos “estatistas” coloniales y nacionalistas, sino también por corrientes supuestamente simpatizantes de ella como el marxismo. En todos los casos, el subalterno termina siendo expropiado en su subjetividad rebelde en aras de abstracciones construidas desde fuera, sean éstas el ser humano colonizado, nacionalista o proletario.¹⁸ Su ámbito propio es reducido a una forma incompleta del modelo eurocéntrico, que se plantea como universal. Por ello el poscolonialismo se propone “provincializar” a Europa, es decir, ver la historia europea como una experiencia particular que, por los poderes que desató y acumuló, se mundializó.¹⁹ La denuncia de Guha sobre el silenciamiento de las voces subalternas ha sido asumida por muchos de sus discípulos como un reto para avanzar en la desconstrucción de los discursos elitistas de derecha e izquierda, para así encontrar al “verdadero” subalterno. Pero en ello se corre el riesgo de pasar de considerar al subalterno como una condición social a un artefacto discursivo, con lo que se conecta con algunas corrientes posmodernas del giro lingüístico. Es el riesgo de cabalgar entre Gramsci y Derrida, como oportunamente lo indicara Florencia Mallon.²⁰

En esta tarea de oír las voces subalternas es que la historia oral puede jugar un papel sustantivo, aunque no exento de problemas. Veamos cómo y por qué.

Distintos entendimientos de la historia oral

Lo primero que salta a la vista al analizar los avatares de la historia oral, tanto en el plano mundial como en América Latina, es su coincidencia con algunos de los momentos historiográficos que hemos resumido en la sección anterior. No es por azar que ello haya ocurrido así. Los distintos entendimientos de la historia oral hacen parte –bien sea como apéndice metodológico o como alternativa epistemológica– de la conformación de corrientes de pensamiento histórico.

Siguiendo a Philippe Joutard se puede señalar que, si bien los padres fundadores de la historia como Herodoto y Tucídides se apoyaron en fuentes

¹⁷ Guha, *Las voces de la historia...*104.

¹⁸ Guha, *Las voces de la historia...*capítulo 3.

¹⁹ Dipesh Chakrabarty, “Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for ‘Indian’ Pasts?”, *A Subaltern Studies Reader, 1986-1995*, ed. Ranajit Guha (Minneapolis: University of Minnesota, 1997).

²⁰ “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies”, *American Historical Review*, 99.5 (1994): 1491-1515. Para describir la historia desde la perspectiva de los subalternos, Guha sugiere cuatro puntos: 1) desafiar la univocidad del discurso estatista; 2) reintegrar en la narración el protagonismo activo de los silenciados; 3) incluir otras voces silenciadas; y 4) hacer cambios en la narratología que rompan con la versión dominante incluso en términos de la cronología (Guha, *Las voces de la historia...*31).

orales, cuando se institucionalizó la disciplina a comienzos del siglo XIX hubo una profunda sospecha sobre la historia oral como indicio para conocer el pasado.²¹ Occidente había privilegiado el documento escrito, lo que se reforzó con la invención de la imprenta. Con un claro sello positivista se pensaba que lo escrito fijaba en el tiempo un hecho y por tanto el documento escrito transmitía más fielmente el pasado. Ni siquiera se consideraba la historia oral como una fuente complementaria. Este tímido paso lo dio el romanticismo decimonónico, una de las corrientes de la “historia popular” ya analizada. Así Michelet, a juicio de Joutard, “es un precursor más directo de una historia oral urbana y obrera al emprender la escritura de su obra *Le Peuple* en 1846”.²² Para el romántico francés oír a la gente común era reconstruir mundos desaparecidos y aprehender el “instinto del pueblo”.²³ Con todo, la historia oral siguió siendo ignorada por el grueso de los historiadores hasta bien entrado el siglo XX.

Esa marginalidad será superada en los países centrales después de la segunda Guerra Mundial. Así, en la Universidad de Columbia se gestó el primer archivo de historia oral en 1948, con el fin de hacer un estudio sobre la política en la ciudad de Nueva York. El tipo de información que buscaba Alan Navin y sus colegas era “fáctica”, es decir, buscaban establecer con rigor los hechos desde la perspectiva de las elites de la ciudad. En Estados Unidos se difunde rápidamente este enfoque metodológico y con el tiempo se gesta una Asociación de cultores de la historia oral.

En los países europeos el enfoque difería en cuanto a los sujetos entrevistados y el tipo de información que se perseguía. Los traumas de las guerras hacen que muchos científicos sociales acudan a las historias de vida o a una cierta etnografía para sacar a la luz aspectos ocultos de la vida cotidiana de sus respectivas sociedades. Este paso hacía parte de la historia social, especialmente de la llamada “desde abajo”, que ya se ha analizado. A su vez, reflejaba algún diálogo interdisciplinario especialmente en cuanto a la apropiación de métodos de la antropología y la sociología. Sin embargo, aunque el énfasis fáctico de la historia oral disminuía por referirse a aspectos de la vida cotidiana y de la cultura, el privilegio positivista por lo escrito hacía que ésta siguiera siendo una fuente complementaria y de segundo orden. Será en los países periféricos donde se producirá otro tipo de aproximación a ella, sin que sea claro que haya conformado un nuevo paradigma historiográfico.

En efecto, en América Latina, si bien en los años cincuenta y tempranos sesenta se acudió a la entrevista para reconstruir la historia elitista, rápidamente tomó otros rumbos más populares, cercanos a la corriente de la historia “desde abajo”.²⁴ El recurrir a la historia oral se debió a los problemas estructurales ligados con el

²¹ Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

²² Joutard, *Esas voces que...* 79

²³ Joutard, *Esas voces que...* 81

²⁴ Víctor Acuña, “La historia oral, las historias de vida y las ciencias sociales”, *Historia (teoría y métodos)*, ed. Elizabeth Fonseca (San José de Costa Rica: CEUCA, 1989) 234.

analfabetismo de vastas poblaciones, así como a la precariedad de la documentación escrita para indagar el pasado, especialmente de los de abajo. Pero también, parte sustantiva de este paso metodológico, en las ciencias sociales latinoamericanas, se derivó del influjo del pensamiento marxista en sus diversas vertientes. Esto no quiere decir que se hubiera dado una transformación radical en la institucionalidad de la academia, especialmente en la Historia, anclada todavía en las creencias positivistas y en el culto al documento escrito. Aun miembros de la “nueva historia”, pertenecientes al mundo universitario, despreciaban las fuentes orales por considerarlas poco rigurosas.²⁵ Además, cuando los intelectuales de izquierda acudían a esos métodos lo hacían en forma instrumental para validar sus esquemas teóricos o sus proyectos políticos, como bien lo señala Silvia Rivera haciendo eco de las denuncias de Guha.²⁶

En América Latina, al menos por lo que conocemos del caso colombiano, se dieron distintos énfasis, en este acercamiento a la historia oral, que no representan momentos radicalmente distintos y sucesivos linealmente, sino que muchas veces coexisten en una misma temporalidad. Un primer énfasis reside en considerar las fuentes orales como complementarias de las escritas, en aras del enriquecimiento de la reconstrucción histórica. Se hablará más de fuente o archivo oral que de historia oral como tal, resaltando las bondades metodológicas de su uso, sin entrar en discusiones epistemológicas sobre el tipo de conocimiento que ésta arroja.²⁷

Pero, recurrir a las fuentes orales no era un asunto banal o una mera estrategia para ampliar el conocimiento del pasado. Se buscaba oír las voces silenciadas, especialmente las de abajo, indagar por dimensiones ocultas del pasado como la vida cotidiana y, en últimas, romper con la historia tradicional elitista y las modas estructuralistas que anulaban la acción de los subalternos. Por ello, las fuentes orales se veían emparentadas con las tradiciones orales, aunque se reconocía que, mientras las primeras eran construcción mutua entre investigador e investigado, las segundas tenían una existencia independiente de los quehaceres académicos y constituían la memoria sobre la cual se apoyaban los métodos históricos. También se las asociaba con el resurgir del género subjetivo en la narración histórica como la biografía, las memorias, los diarios o los anecdóticos, en el que se ubicarían las “historias de vida”. En ese sentido, se inscribía a las fuentes orales en la tendencia de la microhistoria o aquella que enfatiza lo particular, lo subjetivo y la experiencia como punto de arranque para entender la totalidad. La fuente oral era un medio más para llegar a una mejor comprensión del pasado. Sin duda, este esfuerzo represen-

²⁵ Estos aspectos han sido tocados en mi ensayo inédito “La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá” como parte de una investigación sobre la historia de las disciplinas en ese centro universitario.

²⁶ Rivera, “El potencial epistemológico...” 16-26.

²⁷ Autorreflexivamente yo me ubicaría aquí como lo expresaba desde el título del ensayo ya citado (“Fuentes orales e historia obrera”). Allí mismo decía que hablar de historia oral a secas implica aceptar una oposición –artificial, a mi juicio– entre una reconstrucción del pasado exclusivamente oral y otra escrita.

taba una postura que disputaba con la academia tradicional la lectura del pasado y, al menos en el medio universitario, logró gran difusión en los años ochenta y parte de los noventa —es decir con las generaciones más jóvenes de la “nueva historia” en Colombia—, sin que llegara a ser hegemónica.

Muy cerca de esta tendencia, se dio otro énfasis más asociado con la literatura y con ciertas formas de etnografía que con la historia disciplinaria como tal. Se trata del uso del testimonio como una forma de acercamiento al mundo popular contemporáneo. De alguna forma se pluralizaba la realidad al incorporar más voces, especialmente de los subalternos. Cuando se usaba para reconstruir el pasado era como una variante más flexible de la historia social ya analizada anteriormente. Flexible, en el sentido que se suprimía el acartonamiento académico de los “marcos teóricos” y los pesados aparatos críticos que implicaban las citas textuales y las notas a pie de página. En cierto sentido, esta tendencia coincidió con lo que en los años ochenta se llamó el retorno a la narrativa. Sin gran problematización, se sugería la aparición de la ficción —a veces llamada imaginación— en el relato histórico. Aunque los practicantes del género testimonial puedan parecer cercanos al posmodernismo, creían que sus relatos eran verdaderos e incluso más que los producidos por el mundo académico comprometido en un culto a la fuente escrita —la suya era la verdad de la denuncia.²⁸ Por todos estos factores, a los que se unió la buena pluma, el género testimonial tuvo gran difusión en el amplio público, rebasando los muros de la academia y disputando la voz privilegiada de los genios literarios del *boom* latinoamericano.²⁹

Por supuesto, no faltaron las críticas. Así, por ejemplo, Charles Bergquist en su defensa del oficio del historiador señalaba que la ausencia del aparato crítico podía aligerar la narración pero ponía serias dificultades para la comprensión del pasado.³⁰ Él aducía que al suprimir la referencia a las fuentes y al crear personajes colectivos a partir de varios testimonios, se borraban los límites entre la voz de los entrevistados y la imaginación del investigador. Curiosamente, agregaba el historiador norteamericano, así se infantilizaba al lector y se le impedía avanzar en el entendimiento del pasado, pues no podía llegar a la fuente y menos contrastarla con el conocimiento acumulado, sino que se le imponía la verdad del testimonio que, sospechosamente, parecía ser más la del entrevistador que la de los entrevistados. Todo ello, a juicio de Bergquist, no podía ser asumido como una contribución democrática a la historia. En

²⁸ Florencia Mallon, “Bearing Witness in Hard Times: Ethnography and Testimonio in a Postrevolutionary Age”, *Reclaiming the Political in Latin American History*, ed. Gilbert Joseph (Durham: Duke University Press, 2001) 316.

²⁹ Un texto paradigmático de este género en América Latina es el testimonio de Rigoberta Menchú recopilado por Elizabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (Barcelona: Argos Vergara, 1983). En Colombia sobresalen los ensayos periodísticos de Alfredo Molano y Alonso Salazar, así como el intento de novela histórica sobre el Bogotazo de Arturo Alape.

³⁰ “En defensa de la historia: Una crítica disciplinaria de la *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda”, *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* 16-17 (Bogotá, 1988-1989): 205-230.

los términos poscoloniales, con la literatura testimonial podría suceder que en aras de “empoderar” al subalterno se terminaría sustituyéndolo.

Tal parece ser también la sospecha de algunos cultores del testimonio en los años de las ilusiones revolucionarias, quienes hoy, convertidos en posmodernos, lo desechan porque ha perdido su “autenticidad”, su legitimidad original, su poder de transgresión y hasta su estética.³¹ Es decir, parece que si antes hablaba el subalterno por este medio, hoy ya no lo hace. La pregunta que brota es si el cambio aducido fue en el género testimonial mismo –que curiosamente hoy ha ganado espacio en la academia y fuera de ella–, o si la transformación ocurrió más bien en los horizontes políticos de sus defensores de antaño, hoy convertidos en sus críticos. El cuestionamiento que subyace a este debate es quién habla por los subalternos cuando ellos –aparentemente– hablan, tema que desarrollaré en la sección conclusiva de este artículo.

La Investigación Acción Participante (IAP), el tercer énfasis en el uso de la historia oral, trató de darle una respuesta a esta pregunta. Al contrario de lo que considera Silvia Rivera, quien asume a la IAP como mero apéndice de los proyectos políticos de izquierda, esa metodología de investigación, sin abandonar el compromiso político, incursiona en críticas epistemológicas a las ciencias sociales bastante cercanas a la literatura poscolonial.³² Según uno de sus teóricos, el sociólogo Orlando Fals Borda, “la IAP no es exclusivamente un procedimiento investigativo, ni una técnica de educación de adultos, ni una acción política. Presenta a la vez todos estos aspectos, como tres fases no necesariamente consecutivas que pueden combinarse en una metodología dentro de un proceso vivencial”.³³ A su juicio, la IAP es un contradiscurso participativo iniciado en el Tercer Mundo, que pretende ofrecer un conocimiento diferente a las sociedades dominadas “para que puedan articular y defender su posición sociopolítica y económica con base en sus propios valores y capacidades”.³⁴ Para ello, esta metodología se apoya en la vivencia comprometida o en la praxis concreta de la participación que rechaza la tradicional relación asimétrica entre sujeto y objeto. Por supuesto, esto la distancia de la concepción

³¹ Esta es la posición que, según Florencia Mallon, tiene el crítico literario John Beverley (“Bearing Witness...” 316). Debe advertirse que ellos dos han adelantado un debate muy inscrito en la lógica académica norteamericana, pero por ello muy útil para nosotros porque hay problemas similares con énfasis distintos. Para dicho debate véase de Mallon la “Introducción a la edición española” de su libro *Campesino y nación: La constitución de México y Perú poscoloniales* (México: Cestas, 2003), y el ensayo de Guillermo Bustos, “Enfoque subalterno e historia latinoamericana: Nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley”, *Desafíos de la transdisciplinariedad*, eds. Alberto Flórez, y Carmen Millan (Bogotá: Ceja, 2002) 58-80.

³² Por los ejemplos que pone y la época que rememora –la Anuc de los años 70–, tal vez Rivera se refiera más a la fase de “investigación militante” de Fals Borda que a la IAP propiamente dicha (“El potencial epistemológico...” 20-22).

³³ Orlando Fals Borda, *Conocimiento y poder popular* (Bogotá: Siglo XXI, 1985) 125. El subrayado es del autor.

³⁴ Fals Borda, *Conocimiento y... 128.*

positivista de la ciencia. En palabras de Fals Borda, “toda ciencia, como producto cultural, busca un propósito determinado y, por lo mismo, lleva implícitos los sesgos valorativos de las clases a las cuales pertenecen los científicos”.³⁵ La conclusión de este planteamiento es apostarle a una ciencia popular.³⁶

Si el señalamiento por parte de Silvia Rivera de la IAP como una historia militante es discutible, parece más atinada su crítica sobre el peso que el análisis de clase —léase el materialismo histórico— tiene en dicha metodología. Pero eso se puede flexibilizar, como lo ha hecho Fals Borda, al incluir asuntos de género y étnicos en las historias que reconstruye.³⁷ Otros críticos, como Guillermo Hoyos, van más allá en su balance al indicar que “la virtud de la IAP [es] el fortalecimiento de identidades locales, de las micropolíticas en búsqueda de la solución concreta de los conflictos ... el reconocimiento del otro como diferente, la construcción de identidad comunitaria, la participación desde las bases”. Pero también Hoyos llega lejos al señalar los defectos de la IAP: “...el desgano por los modelos generales, cierta incapacidad para pensar lo universal [y] la descalificación de la ‘Teoría’”.³⁸ A mi juicio, otro punto crítico de la IAP es la creencia en una ciencia popular. Esta opción política y académica es doblemente discutible: por una parte es una forma de revivir la creencia positiva en una fuente exclusiva de la verdad (en este caso ella residiría en el pueblo); por la otra, es una manera nueva de esencializar un actor social, como si fuera puro e incontaminado. Por esas dos vías se niega la pretensión metodológica de respetar la diferencia, pues la IAP sigue inmersa en las polaridades binarias propias de Occidente y le otorga condiciones mesiánicas y redentoras al polo popular.

En general, estas tres tendencias —fuente oral, testimonio e IAP— son difíciles de distinguir en la práctica, porque a veces aparecen mezcladas en una misma expresión historiográfica y aun en un mismo autor. No obstante, hacen parte del movimiento global de la historia “desde abajo”, por lo que políticamente simpatizan con los subalternos y anhelan una transformación de la sociedad al servicio de éstos. Igualmente, fortalecen las identidades de las comunidades involucradas, aportándoles un sentido de pasado que refuerza su memoria. Incluso, en el plano académico, se pueden considerar como un logro al pluralizar la reconstrucción del pasado introduciéndole más voces, al alterar la narrativa tradicional y socavar los

³⁵ Fals Borda, *Conocimiento y...* 136.

³⁶ Las técnicas para conseguirla son: 1) investigación colectiva, en donde las bases populares y sus cuadros participan desde el principio; 2) recuperación crítica de la historia, en la que, entre otras técnicas, se trabaja la tradición oral “por entrevistas-testimonios de ancianos con la memoria analítica”; 3) valoración y empleo de la cultura popular; y 4) producción y devolución del nuevo conocimiento para ser validado por las comunidades involucradas (Fals Borda, *Conocimiento y...* 140). Con énfasis distintos, se parecen a las sugerencias metodológicas de Guha.

³⁷ Véase la ya mencionada *Historia doble de la Costa* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979-1986). 4 vols.

³⁸ “De la investigación acción participativa a la teoría de la acción comunicativa”, *Convergencia entre ética y política*, comps. Guillermo Hoyos y Angela Uribe (Bogotá: Siglo del Hombre, 1998) 8.

cimientos del positivismo y de la ciencia “normal”. Con todo, a juicio de Silvia Rivera, estas tendencias metodológicas pueden terminar instrumentalizando a los subalternos para producir un conocimiento ajeno a las comunidades “investigadas”, reproduciendo la asimetría entre el sujeto y el objeto de conocimiento.³⁹

Por eso, ella misma propone una nueva alternativa al uso de la historia oral, muy emparentada con los Estudios Subalternos y el desafío poscolonial traducido a América Latina. Lo que recoge es la experiencia del Taller de Historia Oral Andina (Thoa), afiliado a la Universidad Mayor de San Andrés (Umsa) de La Paz, Bolivia.⁴⁰ La pretensión es que los subalternos hablen por sí mismos. El Thoa se apoya en la tradición de lucha del movimiento indígena boliviano y en una supuesta autonomía discursiva nutrida por la memoria histórica de dicha lucha. El doble reto que el movimiento indígena boliviano le propone a la sociedad *Q'ara* –blanca– es la inclusión ciudadana, respetando la autonomía cultural y territorial. Obviamente, esta es una postura que se basa en una lectura del pasado para la cual la experiencia del Thoa es definitiva. Allí convergen indígenas aymaras e intelectuales no-aymaras, estos últimos seleccionados por los primeros con el criterio básico de no tener vinculación política partidista. Sorprende al lector desprevenido esta postura, explicable por la manipulación ya denunciada de la izquierda, pero discutible por revivir la sospecha weberiana hacia el intelectual-político, cuando no por reflejar un desprecio de la política a favor de lo social aparentemente incontaminado.⁴¹

En todo caso, el uso de la historia oral por el Thoa parece favorecer la mayor fidelidad al sentir y pensar de las comunidades porque, entre otras cosas, disminuye la brecha lingüística. También este procedimiento acerca las diversas generaciones comunitarias, superando la separación tajante entre pasado y presente. Lo que interesa reconstruir no es tanto lo que ocurrió cuanto las percepciones que tienen las comunidades de lo sucedido. Por ello se presta atención a los mitos, fundamentales en el pensamiento indígena –y en general en toda narrativa épica. En ese sentido, según expresión de Silvia Rivera, “lo oral indio es en Bolivia el espacio fundamental de la crítica, no solo al orden colonial, sino a toda concepción occidental de la historia, que sitúa lo ‘histórico’ tan solo a partir de la aparición de la escritura, y legítima por lo tanto la invasión colonial como una heroica misión ‘civilizadora’”.⁴² Lo oral, así asumido, permite una visión de autonomía que rescata la resistencia pasada y propone una esperanza en el control del futuro. En síntesis, se trata de “un ejercicio colectivo de desalienación” que reestablece la simetría entre dos o más sujetos cognoscentes,

³⁹ Rivera, “El potencial epistemológico...” 21-22.

⁴⁰ Rivera, “El potencial epistemológico...” 22-26. Para ser fieles a su propuesta, me extenderé en sus consideraciones.

⁴¹ Este punto ha sido desarrollado en mi ensayo “Lo social y lo político en Colombia (1958-2000)”, *La historia política hoy*, ed. César Ayala (Bogotá: Universidad Nacional, 2004) 207-234. Allí se constata que hay fluidez entre las dos esferas, y que ninguna es superior o precede a la otra.

⁴² Rivera, “El potencial epistemológico...” 23.

en un mutuo “pacto de confianza”. De esta forma, concluye la misma autora: “Más allá de la ‘popularización de la historia’, que refuerza la lógica instrumental y la manipulación ideológica del investigador, nos aproximaremos entonces a la desalienación y descolonización de la historia”.⁴³

Con esta propuesta parece haberse dado el vuelco total a la historiografía occidental, elitista y positivista. Por fin, se afirma que el pueblo, o mejor, el subalterno puede hablar por sí mismo. Sin embargo, en la misma dirección que señala Philippe Joutard, hay dudas de que la historia oral contribuya claramente en este propósito.⁴⁴ Este será el tema que abordaré a continuación a modo de conclusión.

¿Quién habla (y quién escucha) en la historia oral?

Un primer interrogante que surge del recorrido realizado en las páginas anteriores gira en torno a cuál es el adentro y el afuera de las comunidades –o de las sociedades. Este punto ha sido continuamente cuestionado por historiadores sociales y por practicantes de la historia oral.⁴⁵ En los términos poscoloniales ha sido formulado también como el choque entre el ámbito propio de la India y aquel impuesto por los colonizadores. Salta a la vista que éste es un problema ligado a la construcción de identidades que, como se sabe, implica excluir a los ajenos –los otros– para incluir los propios –nosotros. Como lo he desarrollado en otros textos, la identidad es algo construido por las comunidades con variaciones a lo largo del tiempo.⁴⁶ Por tanto, no hay algo esencial y menos “natural” en la definición de esa pertenencia, pues ella siempre es cultural y contingente. El temor que me asalta es si las comunidades, al marcar diferencias tan tajantes entre el adentro y el afuera, no favorecen una especie de esencialización del subalterno, como si éste fuese un ser radicalmente distinto del otro “externo”. Para América Latina, el mestizaje y la hibridación cultural hacen que sea más complejo el interrogante sobre la existencia de un ámbito propio radicalmente diferente de Occidente. Por último, suponiendo que el adentro y el afuera constituyan dos mundos absolutamente distintos, existen posibilidades de comunicación entre ellos, lo que les pone en contacto en algún punto. Esto me conduce al papel de los mediadores entre esos mundos, verdaderos “traductores” culturales que deben tener algo de adentro y algo de afuera para hacer su labor.

⁴³ Rivera, “El potencial epistemológico...” 26.

⁴⁴ Él señala que “si se espera encontrar en la historia oral el medio de establecer una contra-historia, otra historia que se opondría a la historia oficial y dominante, se corre el riesgo de la decepción” (Joutard, *Esas voces...* 375-376).

⁴⁵ Florencia Mallon, por ejemplo, cuenta que en la reconstrucción de la historia de vida de Isolde Reuque, una líder de los mapuches en Chile, en un momento ésta le confiesa que también se siente “externa” a su comunidad porque no aprendió la lengua de sus ancestros, para no abundar en sus contactos con intelectuales y activistas políticos “externos” a los mapuches (“Bearing Witness...” 325).

⁴⁶ Al respecto, véase mi libro *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia, 1958-1990* (Bogotá: CINEP/ICANH, 2003), especialmente el capítulo 7.

Muy ligado al anterior conjunto de preguntas hay una que ha atravesado esta ponencia: ¿quién habla por los subalternos? El debate entre el crítico literario John Beverley y la historiadora Florencia Mallon puede ilustrar parte del problema.⁴⁷ El primero, supuesto defensor del pensamiento poscolonial latinoamericano, acusa a la historiadora de no dejar hablar a los subalternos. La acusación no parece nueva y siempre tendrá algo de plausibilidad. Pero, cuando se ve el trasfondo del debate las dudas se incrementan. Resulta que Beverley centra su crítica en el hecho de que Mallon postula, a partir de un juicioso trabajo de fuentes primarias, la existencia de un “nacionalismo popular” en algunas comunidades indígenas de México y Perú, en la segunda mitad del siglo XIX. Y Beverley cree que los subalternos son –¿por esencia?– críticos de todo nacionalismo. Mallon a su vez responde que su antagonista niega, como en el pasado lo hacía la izquierda, que los subalternos tengan una posición política autónoma. No es del caso entrar aquí a señalar quién tiene la razón en este debate. El punto es que ambos reclaman que hablan por el subalterno. Ante esta polémica entre académicos la salida parece ser la que plantea el Thoa, según Silvia Rivera: sólo los subalternos, y si acaso los intelectuales seleccionados por las comunidades, pueden hablar por ellos. La propuesta parece impecable, pero no es satisfactoria porque de nuevo cae en la pregunta sobre el adentro y el afuera de las comunidades. En este caso, el cuestionamiento es si los subalternos pueden pronunciar en forma “pura” su voz o si, así hablen ellos por sí mismos, no habrá siempre cierta “interferencia” externa de un saber construido desde fuera. Por ejemplo, un indígena que va a la Universidad para convertirse en un “traductor” cultural, ¿deja de pertenecer a la comunidad por haber tenido acceso al conocimiento académico “externo”? ¿quién, entonces, puede hablar “verdaderamente” por los subalternos? De nuevo, parece que el fantasma de la posesión de la verdad sigue persiguiendo, aun a las mentes más posmodernas.

El cuento de Borges sobre un etnógrafo que decide guardar silencio ante lo que descubrió en su trabajo de campo, que Silvia Rivera pone al inicio del artículo citado, sugiere el otro paquete de interrogantes: ¿es el silencio la opción del investigador que ha escuchado a los subalternos, pues lo que conoció es irreductible al conocimiento académico? ¿es esa también la opción de los subalternos para no terminar siendo expropiados de su subjetividad? De ser así, la historia de una comunidad no podría traspasar su ámbito local y el conocimiento subalterno sería siempre marginal, cuando no desconocido.

Salidas académicas al silencio hay muchas otras, y por supuesto su estudio requeriría otro ensayo, pero baste decir que suscribo las posturas comunicativas,

⁴⁷ Remito al lector a la nota 31. Llama la atención que ambos sean ciudadanos norteamericanos pero nacidos en América Latina: en Venezuela el primero, en Chile la segunda. La diferencia radica en que Mallon vivió hasta edad adulta en Chile, mientras que para el primero el origen venezolano fue más circunstancial. Esto produce reflexiones sobre quién pertenece al centro y quién a la periferia, pero por ahora dejo ahí el asunto porque me llevaría a terrenos geopolíticos fangosos.

sin desconocer las diferencias de poder que yacen en cualquier diálogo, incluido el académico. Por supuesto, hoy se conoce que la academia es también un mundo de poder y de reproducción de saberes dominantes. ¿Pero es sólo eso? Como dice Bourdieu, el campo académico además de conflictos está atravesado por colaboración y solidaridad.⁴⁸ En un plano más geopolítico, el pensamiento occidental no solo representa dominación y opresión, también ofrece dimensiones de emancipación. No en vano el pensamiento crítico, incluido el poscolonial, se ha nutrido de intelectuales occidentales como Marx, Nietzsche, Gramsci, Foucault o Derrida, cuando no muchos de sus representantes más conspicuos se han educado en países centrales y ejercen su actividad profesional allí. Los estudiosos de la subalternidad y del poscolonialismo se apresuran a señalar que ellos no se niegan a dialogar con el saber académico occidental, pues eso sería negar lo que ellos son y además significaría caer en un chovinismo paralizante, sino que la tarea es “deconstruirlo”, “descentrarlo” o “provincializarlo”.⁴⁹ De modo que aquí también se impone una comunicación basada en la diferencia.

Por último, aunque he tenido siempre como telón de fondo el caso colombiano, conviene hacer una pequeña reflexión final sobre nuestra situación. Como lo he señalado en otros escritos, aquí se ha vivido con más premura que en los países centrales los avatares de la historia social, sin que haya existido siempre una apropiación crítica de esos desarrollos historiográficos.⁵⁰ Ante el reto poscolonial y subalterno, así como el derivado de la historia oral, los colombianos no nos podemos sustraer porque dejaríamos de aprender mucho. Asumirlos exige una actitud permanente de traducción crítica no sólo de lo que nos llega de los países centrales –especialmente los anglosajones, convertidos por la magia de la globalización en verdaderas cajas de resonancia de las nuevas teorías, incluida la poscolonial–, sino incluso de los productos intelectuales del sudeste asiático, así vengan en español o en lenguas nativas. Aquí también se aplica la advertencia de que ante todo nuevo conocimiento la salida no es el silencio o el aislamiento, sino un diálogo en donde el piso común no oculte las diferencias.

Bibliografía

- Acuña, Víctor. “La historia oral, las historias de vida y las ciencias sociales”, en Fonseca, Elizabeth (editora). *Historia (teoría y métodos)*. San José de Costa Rica: Ceuca, 1989.
- Archila, Mauricio. “Fuentes orales e historia obrera”, en Lulle, Thierry, Pilar Vargas y Lucero Zamudio (editoras). *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*, Vol. I. Barcelona: Anthropos, 1998, pp. 281-296.

⁴⁸ *El oficio del científico: Ciencia de la ciencia y reflexividad* (Barcelona: Anagrama, 2003).

⁴⁹ Esta es la postura, por ejemplo de Chakrabarty en el ensayo ya citado “Postcoloniality and the Artifice of History...”

⁵⁰ Véase, por ejemplo, la Introducción a *Idas y venidas...*, en la sección pertinente a los estudios colombianos sobre movimientos sociales.

- _____. “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 26. Bogotá, 1999, pp. 251-285.
- _____. *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: CINEP/ICANH, 2003.
- _____. “Lo social y lo político en Colombia (1958-2000)”, en Ayala, César (editor). *La historia política hoy*. Bogotá: Universidad Nacional, 2004, pp. 207-234.
- _____. “La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá”. Bogotá: inédito, 2005.
- Bergquist, Charles. “En defensa de la historia: Una crítica disciplinaria de la *Historia Doble de la Costa* de Orlando Fals Borda”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 16-17. Bogotá, 1988-1989, pp. 205-230.
- Bourdieu, Pierre. *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Burgos, Elizabeth. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. Barcelona: Editorial Argos Vergara, 1983.
- Bustos, Guillermo. “Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley”, en Florez, Alberto y Carmen Millan (editores). *Desafíos de la transdisciplinariedad*. Bogotá: Ceja, 2002, pp. 58-80.
- Chakrabarty, Dipesh. “Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for ‘Indian’ Pasts?”, en Guha, Ranajit (editor). *A Subaltern Studies Reader, 1986-1995*. Minneapolis: University of Minnesota, 1997.
- Dworkin, Dennis. *Cultural Marxism in Postwar Britain*. Durham: Duke University Press, 1997.
- Fals Borda, Orlando. *Historia doble de la Costa*, 4 Vols. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979-1986.
- _____. *Conocimiento y poder popular*. Bogotá: Siglo XXI, 1985.
- Guha, Ranajit. *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Hoyos, Guillermo. “De la investigación acción participativa a la teoría de la acción comunicativa”, en Hoyos, Guillermo y Ángela Uribe (compiladores). *Convergencia entre ética y política*. Bogotá: Siglo del Hombre, 1998, pp. 1-15.
- Joutard, Philippe. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Kaye, Harvey J. *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza: Prensas Universitarias, 1989.
- Mallon, Florencia. “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies”, en *American Historical Review*, Vol. 99, No. 5, diciembre de 1994, p. 1491-1515.
- _____. “Bearing Witness in Hard Times: Ethnography and *Testimonio* in a Postrevolutionary Age”, en Joseph, Gilbert (editor), *Reclaiming the Political in Latin American History*, Durham, Duke University Press, 2001, pp. 311-354.
- _____. *Campeño y nación. La constitución de México y Perú poscoloniales*. México: Cestas, 2003.
- Rivera, Silvia. “El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia”, en *Revista Peri-Feria*, No. 4. Neiva, agosto-diciembre de 2004, pp. 16-26.

- Rudé, George. *Ideology and Popular Protest*. Nueva York: Pantheon Books, 1980.
- Samuel, Raphael (editor). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Crítica, 1984.
- Scott, Joan W. *Gender and the Politics of History*. Nueva York: Columbia University Press, 1988.
- Thompson, Eduard Palmer. *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage Books, 1966.
- Vega, Mauro. “Historiografía y poscolonialidad”, en *Historia y Espacio*, No. 17. Cali, enero-junio de 2001, pp. 69-92.